

MARINA, JOSÉ ANTONIO
La pasión del poder. Teoría y práctica de la dominación
Editorial Anagrama, Barcelona, 2010.
232 pp. / ISBN 978-84-339-7367-2

Luis R. OROTAPIA

Centro de Análisis e Investigaciones Políticas

✉ luis_oro29@hotmail.com

Vol. VIII N° 12, 2010, 193-194

Fecha de recepción: 18 de marzo de 2010

Fecha de aceptación y versión final: 29 de junio de 2010

El libro de José Antonio Marina, *La pasión del poder*, no es una monografía erudita ni un trabajo academicista sobre el poder. Por consiguiente, su autor no se afana en sacar a relucir ideas reverberantes, ni en esgrimir afilados argumentos racionalistas, ni en deslumbrar con teorías esplendorosas, pero carentes de contenido vital. Tampoco se empecina en delinear un hilo argumental que cumpla la función de enhebrar —a priori y preconcebidamente— las experiencias e ideas que en él se van a exponer desde la primera hasta la última página. Nada de eso. Este libro es un ensayo, en el sentido prístino de la palabra. En él su autor describe situaciones prosaicas de la vida hogareña y desde ellas comienza a aproximarse al fenómeno del poder para, posteriormente, teorizar sobre él. Así el texto, progresivamente, comienza a adquirir densidad conceptual.

Por cierto, Marina a partir de ciertas vivencias concretas, en las que cualquiera de nosotros está cotidianamente enmarañado, se va abriendo paso. En algunos casos atando cabos y en otros desatándolos, para aclararse a sí mismo, mediante hipótesis y conjeturas explicativas, qué es el poder.

Los primeros capítulos están enraizados en la cotidianidad y exudan facticidad. Pero el libro va tomando vuelo a medida en que avanzan los capítulos. Las últimas treinta páginas son densas y fluidas a la vez. Ellas tienen por propósito deconstruir las liturgias del poder, especialmente las retóricas que éste emplea para revestirse de legitimidad y, por consiguiente, para ocultar su propia naturaleza.

Marina logra su objetivo. Y precisamente porque alcanza su meta no son páginas inocuas. Son, por el contrario, páginas exasperantes, subversivas y políticamente incorrectas. Por eso, tienen algo de hiriente, sobre todo para quienes suscriben creencias cándidas sobre la naturaleza humana y la política.

Tales páginas leídas desde Hispanoamérica, cuya praxis política es tan proclive al caudillismo y al utopismo, contribuyen a desnudar la índole de las relaciones de poder en la región. Éstas tienen una extraña peculiaridad: son ingenuas y horrorosas, a la vez. Por cierto, los políticos hispanoamericanos creen (existen excepciones, pero son sólo eso) que gobernar es convertir una ilusión individual en un sueño colectivo. Ellos suponen que es función del Estado facilitarles las condiciones para que puedan realizar sus ideales. Por eso, quienes dicen tener vocación de servicio público ingresan a la política con la expectativa de construir un mundo mejor. Ellos sueñan con un mundo en el que imperará la concordia, la justicia y la igualdad.

Para los ilusos hispanoamericanos, la política es la instancia para realizar los sueños. Pero su idealismo les impide comprender que no todos sueñan con el mismo ideal. Su propensión al utopismo les impide, además, advertir el carácter trágico que tiene la política; puesto que si la política brinda un espacio para materializar los sueños, también cabe la posibilidad que en ese mismo espacio colisionen los diferentes sueños. ¡Qué paradoja! El sueño de la justicia deviene en discordia. Así, en Hispanoamérica, la política que se afana en concretar los ideales conduce a confrontaciones radicales.

¿Por qué el discurso de los ideales es tan pegajoso en Hispanoamérica? Porque el ciudadano corriente elude mirar de frente, cara a cara, el rostro real de la política. Por ello recubre su rostro con idealizaciones y visillos románticos. Ambos disimulan sus veleidades, impudicias y artimañas.

Pero, precisamente, porque tales artificios ocultan su naturaleza, impidiéndole ver que tras las palabras nobles se ocultan los intereses, él puede concurrir a sufragar ilusionadamente el día de las elecciones. Él, al igual que cualquiera de nosotros, vive en virtud de alguna ficción que le hace llevadera su existencia. ¡Enhorabuena!

Por eso, es comprensible que el iluso no soporte al iconoclasta que resquebraja sus ilusiones y le insinúa que tras los ideales se ocultan los intereses y, además, le demuestra que las palabras que más ama implican ciertas ficciones.

Vista así las cosas, el ensayo de José Antonio Marina es muy bienvenido en estas latitudes, porque es, en cierta manera, un libro que coadyuva a tener ciudadanos más lúcidos, ya que incita a los individuos a liberarse de la esclavitud de las palabras seductoras y —como dice su autor— enseña a desenmascarar el poder y a deconstruir sus mitologías.

Santiago de Chile, 15 de marzo de 2010.